 Tiempo de lectura: 7 min.

Cascina Moglia, donde Juan Bosco vivió durante unos dos años.

Giorgio Moglia testifica en el proceso de beatificación de Don Bosco, relatando cómo el joven Giovanni, con trece años, trabajó como mozo en su granja durante dos años tras huir de I Becchi por los malos tratos de su hermanastro Antonio. Ya entonces destacaba por su piedad, su estudio y su celo en enseñar el catecismo a los niños. La familia Moglia lo acogió con afecto: la madre le regalaba calcetines cuando estaba en el seminario, y Don Bosco mantuvo una profunda gratitud durante toda su vida, llevando a sus muchachos de excursión a casa de los Moglia y llamando a Giorgio «mi antiguo patrón» con orgullo y agradecimiento.

“Porque era sencillo y cordial”

Su testimonio está contenido en el proceso ordinario, copia pública, en los folios 781-793.

Cuando el pequeño Juan Bosco, en un frío día de febrero de 1827, tuvo que dejar su casa de I Becchi por los malos tratos de su hermanastro Antonio, fue a buscar trabajo como mozo de granja en la finca de los Moglia. En el patio se encontró con toda la familia: Luigi, un joven padre de 29 años; Dorotea, una lozana madre de 26 años; su hijo Giorgio, de tres años; la jovencísima hermana de Luigi, Teresa, de 15 años; y Giuseppe, el anciano tío de Luigi.
Cuando se llevó a cabo el «proceso de santidad» para Don Bosco, la señora Dorotea acababa de fallecer, una ancianita blanca y frágil de 91 años. Al «proceso» acudió su hijo Giorgio, de 67 años.

Me llamo Giorgio Moglia, hijo del difunto Luigi y de la difunta Dorotea Filipello, de 67 años, nacido y domiciliado en Moncucco Torinese, de profesión campesino, propietario de algunos bienes inmuebles por un valor de unas veinte mil liras (*unos 48500 euros de hoy*). Cuanto diré, será lo que sé por ciencia propia, y no de otro modo.
Yo conocí a don Juan Bosco cuando tenía tres años y el joven Bosco trece, en el tiempo en que se encontraba en casa de mis padres, en calidad de sirviente de campo. Vivíamos ya entonces en Moncucco, en la Borgata Moglia. El joven Bosco se quedó unos dos años en nuestra casa. Durante ese tiempo, todos los días hablaba

con él, porque se puede decir que estaba siempre en su compañía, tanto en el campo como en casa. Es más, mi madre me dejaba a su cuidado, y él lo hacía con gusto, pero ahora no recuerdo nada de lo que me decía, siendo yo de edad infantil.

Dos granos y cuatro espigas

Mi madre me contó que un día el joven Bosco, al regresar del campo a mediodía junto con el tío de mi padre, este, cansado de los trabajos, se tumbó en casa para descansar, y viendo al joven Bosco que, al oír el sonido *del Angelus Domini* (*la campana de mediodía*), se había arrodillado para rezar el Ángelus *(oración que recuerda la Anunciación a la Virgen)*, se quedó sumamente maravillado y exclamó: «¡Esta sí que es hermoso, yo que soy el patrón y no puedo más del cansancio, me quedo aquí, y mi sirviente en cambio se pone a rezar de rodillas!».

El joven Bosco añadió: «Oh, mire, si todo va bien, he ganado más yo rezando que usted trabajando; si reza, sembrando dos granos nacen cuatro espigas; si no reza, sembrando cuatro granos recoge dos espigas. Y riendo añadió: rece usted también, y en lugar de dos recogerá cuatro».

El otro, al oír esto, exclamó: «¡Oh, por todos los santos, que tenga yo que recibir lecciones de un jovencito!».

Reunía a los muchachos en los ratos libres y lluviosos

Mi tía, de nombre Anna, entonces soltera, me decía que en los ratos libres y lluviosos el joven Bosco reunía a los jovencitos a su alrededor, y les enseñaba ora el catecismo, ora a cantar alguna alabanza sagrada.

A la edad de quince años, el joven Bosco, por motivo de los estudios, dejó nuestra casa, y regresó cuando ya era clérigo, y nosotros ya no lo reconocíamos. Al verlo y reconocerlo, todos sentimos un gran placer, y mis padres quisieron que se quedara con ellos. Estando la madre de Bosco con poco espacio, lo hicieron quedarse en casa, donde permaneció tres meses durante las vacaciones. En ese tiempo se le veía siempre dedicado a la oración y al estudio, y asiduo a la Iglesia.

Cuando llegó la primera vez

Cuando el joven Bosco fue acogido en nuestra casa como sirviente de campo, según me contaron mis padres, se había marchado de la casa paterna con el permiso de su madre, porque era maltratado por su hermanastro. Y vino a nuestra casa un día hacia el atardecer. Se encontró con el tío de mi padre, de nombre Giuseppe Moglia, que le dijo: «Oh, ¿dónde vas?». Y Bosco respondió: «Voy buscando un patrón para ofrecer mi trabajo». Entonces el tío le dijo: «¡Bravo, trabaja!» y lo despedía.

Cuando una tía mía oyó estas palabras, suplicó al tío que lo acogiera, para quedar ella eximida de llevar los animales a pastar, y tanto dijo que el Moglia lo retuvo en casa.

«Conocí a su madre Margarita»

Por mi tía Anna supe que el joven Bosco se dedicaba a la oración incluso cuando estaba ocupado pastoreando el rebaño en el campo. Recuerdo también que, siendo el joven Bosco ya clérigo, yo había ido a su casa, y me quedé allí unos tres meses. Antes de dormir me hacía rezar y me daba buenos consejos. Entre otras cosas me dijo varias veces:

– La mejor obra que hay en el mundo es llevar las almas perdidas al bien, por el buen camino.

Otras veces me decía:

– Quien pierde el respeto al padre y a la madre, atrae sobre sí la maldición de Dios.

Y esto me lo dijo, habiéndole yo contado que un joven de mi pueblo había maltratado a su padre.

Yo tengo tanto respeto, estima y amor por Don Bosco como por mis propios padres. Y si necesito gracias del Señor, recurro a él para obtenerlas. Deseo ardientemente su beatificación, y si fuera necesario que yo fuera a pie hasta Roma, lo haría con mucho gusto.

Conocí a su madre, que se llamaba Margarita, campesina. Tenía una pequeña casa y algunos campitos. Al padre no lo conocí porque murió cuando Don Bosco era todavía un niño. Su madre era tenida en gran estima por mis padres, y en la aldea y sus alrededores, y por todos alabada como una madre cristiana, verdaderamente buena.

Mi madre cada año le regalaba los calcetines

Cuando mi tío araba el campo, el joven Bosco que guiaba los bueyes, si estos iban sin necesidad de su guía, aprovechaba cada momento para sacar un libro y leer.

Después de que el joven Bosco se quedara dos años con nosotros, se quedó un año con el párroco de Castelnuovo, y luego fue a Chieri para continuar sus estudios. Mi madre, cuando él ya era clérigo en el seminario, le regalaba cada año algún par de calcetines, lo que prueba que ella lo consideraba como un hijo suyo.

Yo oí la Misa de Don Bosco en los primeros meses después de haber sido ordenado sacerdote, mientras se encontraba de vacaciones en Castelnuovo, y quedé edificado. También lo oí predicar una vez al principio de su sacerdocio, y yo y mis parientes quedamos muy bien impresionados.

Vi la casucha que fue el principio del Oratorio

Desde que estaba en nuestra casa, el joven Bosco en los momentos de libertad trataba de atraerse a los jovencitos, y les enseñaba el catecismo, las letanías, alguna alabanza, y contaba algún buen ejemplo. Hecho luego sacerdote, acrecentó este su deseo de hacer el bien a la juventud, y fundó luego el Oratorio para acoger a jóvenes pobres. Yo mismo, habiendo venido una vez a Turín, vi la casucha que fue el principio del Oratorio, en la que ya había algunos jóvenes. En esa ocasión, Don Bosco me dijo que si conocía a algún joven pobre y sin padres, que lo llevara a Turín a su Oratorio, que lo aceptaría: de hecho, llevé a dos o tres. El número de jóvenes creció cada vez más. En los últimos años en que vivió, Don Bosco me dijo que en el Oratorio de Valdocco había más gente que en mi pueblo de Moncucco.

He leído algunos libros y me suscribí a las *Lecturas Católicas* que Don Bosco hacía publicar con el fin de instruir al pueblo en las cosas religiosas.

Me preguntaba por su viña

Me contaba mi tío Giovanni Moglia que, cuando el joven Bosco estaba en nuestra casa, plantaron juntos cuatro hileras de vides. Giovanni con los mimbres ataba una de esas hileras cerca del suelo, y esto le costaba esfuerzo. Cansado del trabajo, se quejaba del dolor de espalda y de las rodillas, pero mi tío le decía: «Sigue adelante. Si no quieres tener dolor de espalda de viejo, tienes que sufrirlo ahora que eres joven».

Y Bosco continuó trabajando. Pero después de unos instantes añadió: «Pues bien, estas vides darán la uva más hermosa y darán mejor vino y en mayor cantidad, y durarán más que las otras».

La cosa sucedió como había predicho, porque las otras vides de esa tierra con el paso del tiempo se perdieron, y en cambio las atadas por el joven Bosco continuaron hasta 1890 con admiración de todos. Y yo, cada vez que venía al Oratorio en Turín, Don Bosco me preguntaba siempre por esa viña.

En 1840 el clérigo Bosco vino a ser el padrino de mi hermano Giovanni. Mi madre se quejaba de estar agotada de fuerzas, temía no recuperar la salud; a lo que Don Bosco le dijo: «Tenga valor y esté de buen humor, usted llegará hasta la edad de noventa años». De hecho, ella murió a la edad de noventa y un años. Debo decir que ella confiaba mucho en esta promesa de Don Bosco, y aunque algunas veces fue aquejada por enfermedades incluso graves, nunca quiso tomar los remedios recetados por el médico, porque decía: «Don Bosco me ha asegurado que viviré hasta los 90 años». Ella, después de la muerte de Don Bosco, se encomendaba a él todos los días, y murió con su retrato en la cama.

«Este es mi patrón»

Don Bosco siempre tuvo una gran gratitud por mi familia, por lo poco que hicimos por él. En los primeros años de su Oratorio, cuando aún no tenía muchos jóvenes, todos los años los llevaba a nuestra casa a pasar un día de campo. Y quería que nosotros consideráramos su Oratorio como nuestra casa cuando teníamos que venir a Turín. Muchísimas veces me hizo sentar a su lado en la mesa, incluso cuando estaba rodeado de muchos de sus sacerdotes. Una vez en el almuerzo dijo a sus sacerdotes y a otras personas, dirigiéndose a mí: «Este es mi antiguo patrón», aludiendo al tiempo en que de joven había estado al servicio de mi padre Moglia.

Don Bosco murió hace pocos años en el Oratorio de Valdocco. Yo lo vi algunos meses antes. Lo encontré sentado en un sillón, agotado de fuerzas, pero paciente y jovial. Habiéndole preguntado cómo estaba, él me dijo: «Eh, estamos en las manos de Dios».